

LA BIODIVERSIDAD EN LA AGRICULTURA. LA IMPORTANCIA DE LAS VARIEDADES LOCALES.

Rufino Acosta Naranjo

Departamento de Antropología Social

Universidad de Sevilla

racosta@us.es

INTRODUCCIÓN

El mundo rural y la agricultura se encuentran sometidos en los últimos tiempos a situaciones muy cambiantes y demandas de diverso tipo, a veces contradictorias entre sí. Además, el papel de la producción agraria es bastante distinto según las sociedades de que hablemos. Mientras que las hambrunas y la inseguridad alimentaria son una preocupación evidente en muchos lugares del planeta, en otros nos encontramos con excedentes agrícolas insoportables. Mientras que se abren nuevos territorios para el cultivo en áreas antes incultas, en bosques y selvas, se incentiva el abandono de tierras agrícolas en los países del Norte. Si en lugares del Sur los que no tienen tierras ansían conseguirlas y ser campesinos, los agricultores europeos van abandonando la actividad agraria y no la desean para sus hijos. En un mismo país, como es el caso de España, conviven el deseo y la tendencia de intensificar la producción en determinados territorios muy especializados en una agricultura tecnificada y sumamente moderna junto a la búsqueda de agriculturas menos agresivas con el medio ambiente en otras zonas.

Ahora bien, en cualquier caso, contemplada de escala global, la agricultura y los habitantes del medio rural se han visto sometidos desde el siglo pasado a un proceso de transformación radical en las maneras de manejar los recursos naturales, con el desarrollo de formas de agricultura industrial que, en distinto grado, han transformado los agroecosistemas en todo el mundo. El resultado ha sido, con distinta intensidad,

parecido: la aparición de problemas ecológicos y la constatación de que a largo, medio o corto plazo, según los casos, esta agricultura se torna insostenible.

En este contexto, han sido muchos los trabajos que se han ocupado de señalar dichos males ambientales, como la deforestación, erosión, contaminación, ineficiencia energética, agotamiento de nutrientes o pérdida de complejidad y diversidad de los agroecosistemas. Sin embargo, aunque el hecho se constataba desde un tiempo, hasta hace muy poco no ha habido una preocupación seria por la pérdida de las variedades cultivadas locales y sólo recientemente va haciéndose visible un movimiento de amplio alcance en la lucha por su mantenimiento y recuperación. Hablando en términos generales, el ambientalismo tampoco había insistido en el problema que suponía la pérdida de germoplasma local, pues le resultaban más alarmantes, y no sin cierta razón, otras pérdidas.

En efecto, el mantenimiento de la biodiversidad emergió a finales de la pasada centuria como uno de los objetivos estratégicos para el futuro del planeta. Hasta hace no mucho, este interés se orientaba casi exclusivamente a la protección de las especies animales y vegetales silvestres, pero día a día se va abriendo camino la preocupación por las variedades cultivadas. En este sentido, las culturas campesinas tradicionales nos han enseñado bastante acerca de la creación, mantenimiento y manejo de la diversidad agrícola, reducida drásticamente como consecuencia de la implantación de la agricultura industrializada con la llamada Revolución Verde. En el presente texto se pretende llevar a cabo una aproximación a este asunto, así como al potencial actual para la recuperación de la biodiversidad en la agricultura, pensando especialmente en el caso de España y, dentro de ella, de Extremadura.

CULTURAS CAMPESINAS Y BIODIVERSIDAD

Las sociedades campesinas históricamente desarrollaron sistemas de manejo de los recursos de los que la diversidad era a la vez condición y resultado. Por una parte, debía recurrirse a la diversificación de producciones para garantizar un suministro continuo de energía y materiales en un contexto en que la conservación y el transporte de los productos exigían la adecuación al ritmo del tiempo y las estaciones y en el que el autoabastecimiento tenía una importancia crucial. Por otra parte, adaptarse a las condiciones precisas de cada lugar y cada momento requería también de una diversidad de usos productivos, especies y variedades. El resultado de todo ello era la creación de

agroecosistemas complejos sobre una variedad de paisajes, geofacies, usos del territorio y especies (Acosta et al, 2001).

En este contexto hay que situar la biodiversidad agraria y las semillas, un factor de producción indispensable en la agricultura. En efecto, uno de los aspectos centrales de la economía del campesinado es contar con un fondo de reemplazo, una producción por encima del mínimo calórico necesario y que le permita reemplazar su equipo básico de producción y consumo (Wolf, 1982: 14). Las semillas suficientes para la siembra y cosecha del año siguiente han sido el principal componente de ese fondo, y ya veremos cómo hoy en día los modernos agricultores son privados de ello, quedando en manos de las grandes corporaciones transnacionales de las semillas. Para disponer de ellas, los productores rurales han recurrido a diversos sistemas, tanto de conservación como de intercambio, mediante compra o mediante trueque o regalo, mecanismos estos últimos que se sustentaban sobre la base de una economía moral muy relacionada con la propia concepción de la comunidad local y sus vínculos familiares, sociales, afectivos e identitarios¹. La pervivencia de los grupos domésticos y las comunidades estaba estrechamente unida a este componente del fondo de reemplazo, que no era una realidad meramente material sino que remitía a todo un universo cultural.

Las semillas son el resultado de un proceso de selección cultural y dicha selección para el cultivo, la domesticación de las mismas, ha sido un hito fundamental en la historia de la humanidad. En efecto, la domesticación del material salvaje supone la posibilidad de acumular energía y controlar su reproducción, además de un cambio en la genética de las plantas, en la evolución de la naturaleza. Cada grupo campesino ha llevado a cabo un proceso de selección de aquellas especies animales y vegetales cuya explotación agrícola y ganadera resultaban interesantes para la mejor apropiación posible de la energía y materiales del entorno, para adaptarse al medio. Dentro de estas especies ha procedido a su vez a desarrollar aquellas variedades y líneas más interesantes para circunstancias, características y propósitos específicos². Así, según

¹ Las diferentes formas de intercambio atendían no sólo a la necesidad económica de aprovisionamiento sino también a la evitación de la depresión endogámica que podría producir el utilizar sólo las propias semillas, además del interés por innovar y mejorar.

² La definición y clasificación de las variedades cultivadas, como toda taxonomía, es una elaboración cultural, que en nuestro caso se realiza por las comunidades locales siguiendo sus propios criterios, basados en características como la forma, el color, olor, sabor, fenología, etc. En ningún caso se trataría, como es obvio, de definiciones basadas en criterios de genética, siendo siempre una selección fenotípica. Es este un asunto, el de las llamadas taxonomías folk, de suma relevancia desde el punto de vista de la

Vandana Shiva, los campesinos hindúes crearon más de 200.000 variedades de arroz, unas resistentes a la sal para ser cultivada en las aguas costeras, otras desarrollando tallos de hasta cinco metros y medio de altura para acomodarse a los márgenes inundables de ríos, etc. (Shiva, 2003:18). Algo parecido podemos decir de la inmensidad de tipos de patata en las culturas andinas, tanto para sacar partido o sobreimponerse a las ventajas del medio como para atender necesidades culinarias específicas.

En el caso de la comarca de Tentudía, en el sur de Extremadura, constatamos cómo hasta los años cincuenta existía toda una pléyade de especies cultivadas y de variedades de las mismas (Acosta, 2002; Acosta, Amaya y Díaz, 2001:271-273; Acosta y Díaz Diego, 2007). Así, en los cultivos leñosos encontramos un buen número de variedades con diferentes características en cuanto al tipo de fruto y a la época de maduración y cosecha. De esta manera, descubrimos aceituna manzanilla, ojo de gato, tinta, perita, gordal, lantisca, verdial, zarzaleña, azuleja, mojina, cañabal, rocial, zarzariega, pico limón, azulina, sevillana o carrasqueña. Con esta diversidad de olivos se conseguían diferentes momentos de maduración, disponer de aceitunas más pronto o más tarde, contar con frutos más aptos para aceite o para mesa, y con distinto sabor o aptitud para diferentes modalidades de encurtido. Igualmente contribuía a modular también la recogida del fruto con el objetivo de dosificar la fuerza de trabajo disponible para la cosecha. Otra consecuencia, y muy importante, era amortiguar la vecería tan característica del olivar.

Por lo que refiere a las castañas, las tenemos tempranas, bravías, negretas o comisario. Los higos podían ser verdejos, reyes, negros, albares, blancos, buennombre, carajiles, de porra de burro, de sangre de toro, gordoviles, pardillos, pedrales o coriegas, con las brevas sanjuaneras, negras y blancas. Todos estos tipos ofrecían distintas potencialidades también para su disponibilidad a lo largo del tiempo y su conservación. Las uvas se daban blancas, negras, moradas, pedro jiménez, dedo de dama y jaén blanco y colorado.

La mayor diversidad se daba en las huertas, con árboles frutales como naranjos, limoneros, bruñeros, membrilleros (de membrillos y gamboas), sofaiños, acerolas,

recuperación de variedades cultivadas, y se necesita para su estudio de un trabajo conjunto entre expertos científicos y agricultores, de cara a la determinación de tales criterios, que además pueden variar a lo largo del tiempo.

alberchigueros, albaricoques y albarillos, perales y pereros (sanjuaneros y sanmigueleros, además de las camuesas), morales, nogales, granados, laureles, cerezos o guindos. En torno a los frutales se sembraba toda una amplia cohorte de especies hortícolas, de invierno y verano, con sus respectivas variedades también. Tenemos así tomates (redondos, picudos, de sangre de toro o corazón de buey, rosas, tempranillos, de cuelga, de pera; pimientos (las bolas y pimientos propiamente, de cuatro gallos, cornicabra), guindillas, cebollas (blancas y valencianas), ajos (blancos y castaños), lechugas (de oreja de mula, de culo de rana), escarolas, coles (de repollo, forrajeras, de coliflor) patatas (blancas y colorás), friajones, habichuelas (blancas y verdes), berenjenas, zanahorias, rábanos, rabanillas, calabazas (de cuello y redondas), cidra, pepinos (enanos y grandes), acelgas, espinacas, habas (cochineras y tarragona), alcachofas, boniatos, culantro, perejil y yerbabuena.

En los melonares encontramos melones y melonas, de verano y de invierno, blancos, amarillos, del serrillo, cosíos, de piel de sapo, de la rosa, del tío Aguilar, negros, verrugosos y valencianos, además de sandías de invierno y de verano, redondas y de manga de fraile. Los garbanzos podían ser negros, colorados o castellanos.

Entre los cereales y leguminosas extensivos de secano tenemos trigo, cebada, avena, centeno, habas, algarrobo, chícharro, altramuza, latino y muela, algunos de ellos con ciertas variedades, sobre todo el trigo. Éste, tanto duro como blando, lo encontramos rubio, pelón, cabezorro, herrera, jerez, raspinegro, florencia, maleta, candeal, arbica, curichi, cespero, olivero, sanató, medina, antana y otros (Acosta y Díaz Diego, 2007).

Una práctica campesina constatada en muy diversos lugares del planeta es la de la introducción en la agricultura de germoplasma silvestre. En el caso de Tentudía se evidencia este hecho en el injerto de galaperos, castaños bravíos o parras americanas, no silvestres pero sí asilvestradas, así como en el cultivo de berros. A diferencia de lo que sucedía en otros lugares, no constatamos el uso del acebuche para injerto en el olivar (Naredo, 1988).

EL PROCESO DE BIODEVASTACIÓN EN LA AGRICULTURA INDUSTRIALIZADA

El paso de la agricultura tradicional u orgánica a la agricultura industrial es una dimensión más del llamado proceso de modernización, que supone no sólo un cambio

productivo sino también una radical transformación de la sociedad rural. En síntesis, algunos de los principales fenómenos serían los que a continuación enumeraremos. Los agroecosistemas se modifican sustancialmente, simplificándose de forma considerable en la mayoría de los casos. Las explotaciones pasan a depender de fuentes de energías fósiles, sustituyendo a la animal y humana. El reempleo y la autonomía productiva descienden drásticamente y en muchos casos desaparecen, dejando también de producir las fincas sus propios factores de producción, que ahora son suministrados por la agroindustria en forma de fertilizantes, plaguicidas, insecticidas, piensos, tecnología, etc. La diversidad de producciones va dejando paso al monocultivo o la especialización ganadera. Las explotaciones se capitalizan enormemente y sustituyen trabajo humano por tecnología, lo que contribuye a fomentar el éxodo rural. Aumentan considerablemente la productividad del trabajo y la producción final, pero a costa, entre otras cosas, de fuertes impactos ambientales y de una enorme dependencia económica de los campesinos respecto de la agroindustria (Acosta, 2003; Guzmán et al., 2000).

Ciñéndonos exclusivamente al caso de los recursos fitogenéticos, la simplificación operada se evidencia en el hecho de que la alimentación del planeta se basa ahora en un muy reducido número de especies animales y vegetales, y más concretamente en un cada vez más restringido número de variedades y razas de las mismas. Por lo que respecta a los cultivos, estas variedades han sido creadas en centros especializados y parcelas experimentales, y últimamente en laboratorios, buscando maximizar alguna de sus características directamente relacionadas con su potencial como mercancías, desatendiendo muchos otros aspectos, sobre todo relacionados con el papel que los cultivos desempeñan en los agroecosistemas o en las economías campesinas, en una lógica de especialización, monocultivo y unilateralidad científica y productiva. Pero, además, el material genético utilizado en la agricultura adolece cada vez más de falta de diversidad, al provenir en gran parte de una misma fuente, la de las grandes empresas de semillas que extienden por todos los países una misma variedad, con idéntico material genético. A esta dinámica contribuyen de alguna manera los gobiernos. En efecto, si bien la exigencia de certificación de las semillas es de por sí un mecanismo imprescindible de defensa de los consumidores de las mismas, normalizando un producto, obligando a que ofrezca garantías y que las empresas hayan de responder de ellos, no es menos cierto que la obligación de utilizar semillas certificadas, sobre todo a la hora de acceder a subvenciones, supone del control de

suministro de semillas por unas cuantas grandes transnacionales que controlan el mercado. El círculo se cierra con el diseño de semillas que resulten estériles tras su cosecha, no pudiendo los agricultores usarlas como fondo de reemplazo. Pierden así independencia económica, siendo unos meros terminales de los suministradores. Ello no exime, en ningún modo, de responsabilidad a los propios agricultores, por su falta de acción social colectiva, de creación de mecanismos, entre ellos empresas, para poder controlar los factores de producción que emplean, y para mantener y reproducir recursos fitogenéticos propios.

Además de todo esto, las semillas se diseñan no para adaptarse a condiciones locales específicas sino para responder a determinadas condiciones previamente ensayadas en parcelas de experimentación y a insumos agroindustriales, tales como abonos o plaguicidas. En muchos casos, el uso de una determinada semilla lleva aparejado el empleo de estos insumos específicos, sobre todo cuando se establecen contratos de integración entre el suministrador de la simiente y el agricultor. Con ello el agricultor cede también la posibilidad de experimentar y generar conocimiento en torno al proceso agrícola, pues todo ese conjunto de procedimientos queda acaparado por la agroindustria y el mundo científico.

Las patentes sobre germoplasma no sólo privatizan el uso de las semillas desarrolladas por la industria, sino que también hacen que agricultores, comunidades locales y grupos étnicos vean de alguna manera usurpados sus propios recursos genéticos, al ser utilizadas sus variedades locales, su germoplasma, por compañías que tras llevar a cabo ciertas modificaciones (mejoras les llaman) de ese material pretenden cobrar regalías por su uso. Shiva llega incluso a plantear el asunto en los términos de que mediante acuerdos internacionales y legislaciones nacionales se convierte en crimen guardar y compartir semillas de la propia cosecha para futuras siembras (Shiva, 2001 y 2003). La economía de mercado, una elaboración cultural globalizada de los etnosistemas centrales, impone su lógica económica y moral sobre otras elaboraciones culturales, acabando con la autonomía de las comunidades y la economía moral de otros tipos de intercambio y formas de gestión de los recursos vivos.

Esta dimensión de enajenación es también evidente por lo que refiere a la alimentación, pues el control de las semillas y la agricultura industrializada suponen una pérdida de soberanía alimentaria de los países, como sostiene el movimiento de Vía Campesina (Rodríguez, 2003), e hipotecan incluso su propia supervivencia física en no

pocos casos pues, contra la sedicente lucha contra el hambre y por una mayor producción de alimentos, las consecuencias de este proceso son también la creación de escasez.

EL MANTENIMIENTO Y LA RECUPERACIÓN DE LA BIODIVERSIDAD

Hoy en día, el rápido proceso de pérdida de la biodiversidad en el planeta es uno de los que se definen como problemas-estrella dentro de la literatura científica y de la conciencia pública general. La preocupación por la creciente pérdida de biodiversidad, que fue tomando cuerpo a partir de las evidencias ofrecidas por la investigación y las acciones de los grupos ambientalistas, terminó siendo reconocida desde el punto de vista político e institucional fundamentalmente a partir de la llamada Cumbre de Río de 1992 donde, sobre el papel, los gobiernos se comprometieron a una política global acerca de la biodiversidad.

En cuanto a las llamadas para la conservación y a las estrategias desarrolladas para ello, tanto por los científicos como por los grupos ambientalistas y las administraciones, el interés y las actuaciones se centraban en los comienzos en la preservación de unas cuantas especies silvestre singulares, para de ahí pasar al interés por el conjunto de las especies y los ecosistemas (Orlove y Brush, 1996). Las políticas sobre espacios naturales participaban de esa idea de proteger lo silvestre, lo supuestamente natural, que había de ser preservado fundamentalmente de la acción antrópica, en gran parte, evidentemente, de los usos agrarios. Un criterio de primordial importancia para la declaración de espacios protegidos es precisamente el ser el hábitat de determinadas especies definidas como valiosas y en peligro.

A la vez que se acentúa el proceso de artificialización de la naturaleza, a medida que se destruyen ecosistemas con la expansión del modelo urbanoindustrial, crece la idea o el ideal de naturaleza, como algo esencialmente opuesto al mundo urbano. Se naturaliza aquello que es un evidente producto social, cual es el caso de esos espacios naturales, esos agroecosistemas que son el resultado de la transformación que las sociedades campesinas han llevado a cabo en los ecosistemas para obtener de ellos energía y materiales. La literatura antropológica más reciente nos da cuenta de que la propia diferenciación entre naturaleza y cultura es un constructo, que son conceptos que aparecen en determinadas culturas y que pueden encontrarse allá donde más intenso es

el proceso de transformación entrópica del medio (Dwyer, 1996; Descola y Pálsson, 2001). Así, es en nuestras sociedades urbanoindustriales occidentales donde el proceso de diferenciación resulta más acusado. Por lo que respecta a nuestros intereses concretos, los humanos se consideran en muchos casos como algo ajeno a esa naturaleza que se pretende proteger, salvo para insertar programáticamente la referencia a los usos tradicionales en el cortejo literario de los textos en que se formaliza la declaración de espacio natural protegido.

De esta manera, la conservación es esencialmente limitación en el acceso a y en el uso de los recursos. En este modelo, la conservación de la biodiversidad espera aceptación pasiva, es conservación *versus* explotación, y se consigue con prohibición. Es un no hacer por parte de los actores sociales rurales. Todo ello, junto al control de los entes rectores de los espacios protegidos por parte de personal ajeno a las zonas y la falta de remuneración de las externalidades ambientales que los ecosistemas generan, hace que no sean pocos los casos de rechazo a la creación de figuras de protección. Las evidencias enseñan que es por tanto necesaria la implicación de la población local en las estrategias de conservación de los recursos, más allá de la mera prohibición de prácticas y acceso al territorio.

La biodiversidad silvestre de los santuarios de naturaleza, magnificada pero confinada a áreas marginales, como sucede también con el ideal androcéntrico y tradicionalista de feminidad, no afecta directamente al núcleo esencial de la agricultura industrializada, intensiva y productivista, que se da en el resto de espacios.

Actualmente, alguna atención empieza a prestarse al problema de la biodiversidad agraria, de las especies cultivadas que van desapareciendo a un ritmo vertiginoso por las razones más arriba apuntadas. Ahora bien, la conservación de esta biodiversidad es cosa esencialmente distinta de la biodiversidad silvestre, y no puede ser tratada de la misma manera. En primer lugar, y aunque para garantizarla serían necesarias medidas prohibitivas, como por ejemplo la del uso de transgénicos, supone, se aborde como se aborde, actuación en positivo, implicación activa de los agricultores, explotación del medio. No se hace mediante interdicción sino mediante incitación, promoción, apoyo. Es un hacer. Si la creación de santuarios de naturaleza supuestamente virgen y espectacularizada, en plena sociedad del espectáculo y el simulacro (Baudrillard, 1984), es hoy en parte un mecanismo de enmascaramiento y justificación de una realidad de devastación de hábitats en el resto del territorio, lo

mismo puede suceder con la biodiversidad cultivada, que no puede garantizarse con enclaves de agricultura biodiversa en un entorno de agricultura devastadora. Pero para que la biodiversidad agrícola cumpla realmente su función ecológica y sea garantía de futuro a largo plazo debe ganar la batalla en el campo donde realmente se decide el futuro, en el de la agricultura que se practique de manera generalizada. La biodiversidad agraria será generalizada y productiva o no será.

¿ESPERANDO LA MANO DE NIEVE? EL POTENCIAL PARA LA RECUPERACIÓN DE LA BIODIVERSIDAD AGRARIA EN ESPAÑA.

En el caso español, dentro del paquete que supone el proceso de modernización, tuvo lugar desde finales de los años cincuenta un vertiginoso cambio en el campo, con el paso de la agricultura tradicional a la industrializada. La gran cantidad de variedades locales de semillas, adaptadas a lo largo de un proceso de siglos, fue poco a poco arrinconada. En unas ocasiones esto vino dado por el abandono o retroceso del cultivo debido a la falta de ventajas comparativas con las producciones de otros lugares. En otros casos, en que se siguió cultivando la tierra, fue a causa de la sustitución por variedades exógenas, normalmente híbridas y de mayor rentabilidad económica y volumen de producción.

Debido a lo traumático del proceso de modernización en nuestro país, las sociedades rurales sufrieron un grave quebranto, sin capacidad de responder a la arrolladora imposición del modelo cultural de la sociedad urbanoindustrial y del consumo de masas. Las especificidades de las culturas rurales sufrieron la misma desvalorización y arrinconamiento que su correlato agrario, los agroecosistemas tradicionales. Las formas de manejo ancestral del medio y, en nuestro caso concreto la riqueza de la biodiversidad agraria, de las semillas autóctonas adaptadas a condiciones locales, fueron olvidadas. La coevolución biótica y social, uno de los puntos básicos de un paradigma agroecológico, se evidencia de manera dramáticamente negativa en este proceso de deriva conjunta de las diversidades biológica y cultural.

Ahora bien, el surgimiento a escala mundial hacia finales de la centuria pasada de una conciencia ambientalista y, para el caso de la agricultura, la anteriormente referida evidencia de los efectos nefastos de la agricultura convencional sobre el medio ambiente, se une al interés de la opinión pública y, de grado o por fuerza, de los

gobiernos en llevar a cabo políticas que de algún modo atenúen las dimensiones del proceso de degradación planetaria. Vemos así que empiezan a existir intentos de recuperar la biodiversidad agraria como uno de los mecanismos de restaurar en parte la diversidad perdida.

Nos encontramos por tanto con un interés en la recuperación de la diversidad per se (tanto de especies, como de variedades, individuos y material genético) y además en una deseable consideración de la biodiversidad funcional, de los servicios y cometidos que la existencia de un gran número de especies, variedades locales y alternativas de uso pueden ofrecer a la arquitectura y funcionamiento de los agroecosistemas y a su evolución futura.

Pero además, todo un precipitado de procesos y circunstancias otorgan amparo a la idea de la recuperación, que hasta hace poco podía resultar irrisoria frente a la supuesta evidencia de la superioridad de las nuevas semillas producidas y extendidas por doquier por la agroindustria. Nos estamos refiriendo a la preocupación por la calidad de los alimentos, las alarmas alimentarias, los criterios de distinción por el gusto en las sociedades de consumo, el desarrollo del modelo de consumo posfordista que enfatiza lo anterior, los nuevos nichos de mercado segmentados por la calidad o la especificidad, el poder de la identidad y la revitalización de lo propio, la búsqueda de proxemia y la idea de retorno a la naturaleza, el auge del turismo rural y la revalorización de las gastronomías vernáculas. Es en la consideración de estas cuestiones que nos centraremos en las páginas que siguen.

Los alimentos de calidad y ecológicos.

Principiando por la cuestión de la calidad de los alimentos, una de las dimensiones de la llamada sociedad del riesgo es la de la inseguridad, y a veces el caos, creado en torno a los males ocasionados por los productos alimentarios. La mayor cantidad de producción conseguida con las nuevas variedades de semillas y animales y con la artificialización extrema de la fitotecnia y zootecnia, el violentamiento de los ciclos de producción, de los tiempos de siembra y cosecha para producir en todo tiempo, y el auge de los extratempranos, han traído como contrapartida, de modo general, una disminución de calidad de las producciones, tanto en su composición como en su valor nutritivo. Asimismo se han simplificado enormemente las cualidades

organolépticas, con una uniformización de las formas, tamaños, color, sabor o textura de los alimentos. Junto a ello, el uso de sustancias químicas de toda laya y de piensos de procedencias extrañas ha dado lugar a problemas diversos de salud, con algunos casos llamativos de muertes y alarma entre la población, siendo uno de los últimos el de las llamadas vacas locas. Uno de los grandes problemas de este asunto es que la bomba alimentaria viaja oculta, a menudo no se tiene constancia de ella, sus efectos son acumulativos, de largo tiempo e incluso difícil atribución de causalidades, etc. En el caso de los organismos modificados genéticamente, sus efectos están aun por ver, aunque ya sepamos bastante, y bastante malo, en algunos casos.

Frente a ello tenemos la calidad contrastada de muchas de las producciones de variedades locales³, de sus cualidades nutricionales, de sus matices de sabor, color, textura, forma, o de la adaptación a un manejo no agresivo y degradador de los recursos, a trueque a veces de una menor producción, aunque hasta esto último se ve refutado si consideramos el proceso a medio y largo plazo.

Aunque la demanda de productos sanos es un desideratum sin mucha sustanciación en las prácticas diarias de consumo de la gran mayoría de ciudadanos, empieza a ser enunciada. Ciertos grupos sociales y colectivos llevan a cabo iniciativas para que sea una realidad, y bastantes casos existen de organizaciones y empresas dedicadas a la promoción, producción y distribución de alimentos de calidad.

La agricultura ecológica se engloba dentro de este ámbito, con una pluralidad de motivaciones y perfiles sociales en los que el ser un alimento sano, la protección de la naturaleza y la dimensión de distinción social conforman el conglomerado de referentes para los consumidores (James, 1992). Hay que resaltar la enorme vinculación entre agricultura ecológica y variedades autóctonas, ya que uno de los estilos en agricultura ecológica incide en la dimensión de adecuación a las condiciones locales y los manejos que postula hace que se produzca una adecuación a este tipo de semillas. Hay que tener en cuenta que la agricultura convencional busca la creación de condiciones idóneas para semillas venidas de fuera, desarrolladas en centros de experimentación, con unos supuestos de suelo, agua y abonado muy precisos. Este material vegetal responde a los manejos con unos insumos químicos determinados, entre otras cosas para compensar la

³ Entiéndase bien que no toda variedad, por el solo hecho de ser local, reúne esas cualidades, lo cual supondría un estúpido prejuicio positivo, tan erróneo como su contrario. Lo que queremos decir es que la

pérdida de capacidad de respuesta a ciertas características del entorno, que es el precio que ha de pagar por maximizar algunas de sus características productivas de cara al mercado. Ahora bien, para trabajar sin agroquímicos, en condiciones de manejo locales, podrían ser más aptas las variedades autóctonas, aunque evidentemente se puede desarrollar toda una industria de hibridación y desarrollo en laboratorio de semillas para agricultura ecológica, o mejor dicho biológica.

Una cuestión candente en estos momentos es la de la necesidad de proveer a las explotaciones de agricultura ecológica de semillas que cumplan los requisitos establecidos por las normativas europeas y de los Estados miembros de la Unión, para lo cual se está trabajando en la línea de suministrarles semillas de variedades locales recuperadas (Soriano y González, e.p.)⁴.

En todo el entramado de cuestiones vinculadas con el consumo de determinado tipo de productos considerados sanos, vernáculos, peculiares, etc. tienen que ver también las motivaciones y dinámicas del consumo en las sociedades contemporáneas. En efecto, el llamado consumo conspicuo del que hablaba Veblen es una característica de ciertos individuos y grupos sociales. A través de las distinción ahondamos en las bases sociales del gusto (Bourdieu, 1988). Esto es especialmente relevante en la sociedad de consumo, y más concretamente en el consumo posfordista, que viene a enfatizar los mecanismos de adquisición compulsiva de productos en mercados saturados a través de la identificación de los individuos con características peculiarizantes y cambiantes. Los mercados posfordistas, como la sociedad de este tipo en general, presentan como una de sus características la de la segmentación, de ahí que el consumo se mueva en segmentos de mercado, algunos de cuyos criterios de construcción de los nichos son la calidad, la peculiaridad, la proxemia o, en general, la evocación de mundos a los que se accede mediante la adquisición de esos productos

existencia de gran cantidad de variedades, de características bien diversas, nos hace posible encontrar cualidades específicas en todos esos aspectos señalados.

⁴ En este sentido, se está ultimando la puesta en marcha un proyecto de diversas entidades europeas vinculadas con la producción ecológica y el intercambio de semillas para atender a esta necesidad, del cual forma parte el proyecto **Recuperación y puesta en valor de las variedades agrícolas tradicionales de Extremadura**, que llevan a cabo el Grupo de investigación Cultura, Ecología y Desarrollo de Pequeños Territorio (Universidad de Sevilla), el Centro de Recursos Fitogenéticos (Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias) y los grupos de acción local Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía y otros cuatro grupos de desarrollo que gestionan proyectos LEADER de la Unión Europea en Castilla y León. Igualmente, el grupo de investigación Cultura, Ecología y Desarrollo de Pequeños territorios trabaja actualmente en el proyecto **El conocimiento local de las variedades cultivadas de Doñana**, para la Consejería de Agricultura y Pesca de la Junta de Andalucía.

(Alonso y Conde, 1994). El de la naturaleza, lo auténtico, lo sano, sería uno de esos segmentos de mercado. En un contexto de uniformización, los individuos se singularizan y expresan mediante el consumo de supuestas singularidades.

La emergencia de lo local y las nuevas realidades territoriales

En una línea parecida tenemos el asunto de la revitalización de lo local, como contrapartida de la globalización. Es un proceso mundial pero que en nuestro país tiene características especiales en lo tocante al medio rural. En efecto, la valoración de lo rural por parte de la sociedad, tanto por las gentes de los pueblos como de las ciudades, ha venido lastrada por las drásticas consecuencias del referido proceso de modernización del país, que provocó la llamada crisis social rural, con unas connotaciones de lo rural y lo agrario más marcadas peyorativamente que en otros países. Las consecuencias negativas de la modernización igualmente se hacen ver tarde, ya hacia los años ochenta sobre todo. Ahora bien, la Transición política en nuestro país y el resurgir de las identidades autonómicas dentro del mismo acarrearán también una búsqueda de las raíces y referencias locales, que necesariamente tienen mucho de rurales y de agrarias. Este proceso, junto con la efervescencia local surgida en torno a los ayuntamientos democráticos serán igualmente elementos dignos de consideración.

Emergen nuevas realidades territoriales debido, por un lado, a la insuficiencia de las instituciones y los ámbitos locales para acometer empresas que satisfagan las necesidades de los ciudadanos y por otro por la lejanía o falta de pertinencia de los ámbitos mayores para ese mismo objetivo. Surgen así entidades como mancomunidades de municipios, agrupaciones de ámbito comarcal o centros de desarrollo, que necesitan para su labor de funcionamiento y también de legitimación social de referentes comunes. Vuelve a ser aquí el patrimonio natural o cultural, con gran importancia de lo agrario, uno de los principales activos y campos de indagación y promoción, resaltándose aquello que sea tanto común como idiosincrásico.

Ahora bien, los procesos de patrimonialización tienen aspectos ciertamente vidriosos, sobre todo en cuanto a los cambios en aquello que se patrimonializa. Al igual que sucede en gran parte con la museografía, estos procesos pueden suponer una forma de fosilización y de desactivación del componente dinámico, sobre todo si es conflictivo. En el caso de las variedades locales, patrimonialización puede suponer taxidermia, congelación y exhibición para el espectáculo. Algo parecido sucede con

ciertas formas musicales y de danza, que han perdido su vida como forma de creación y expresión cultural en evolución, y pasan a ser sólo folklore de exhibición, un arte que únicamente practican los miembros de las agrupaciones musicales que los ejecuta y no evoluciona ni es sentido ni practicado por el pueblo, como sucede con los llamados bailes regionales, y sus correspondientes trajes, en Extremadura.

No ha de descartarse sin embargo esa dimensión de conservación si se trata del inicio de un proceso, de un “mientras tanto”, pero no ha de olvidarse que la finalidad de todo ello ha de ser la reintroducción efectiva de la diversidad en la agricultura que se hace de manera generalizada, en la agricultura productiva.

Frente a la fosilización o folklorización, en el sentido negativo del termino, la reivindicación de las semillas locales tradicionales no es una fijación museográfica sino que tiene una dimensión que hasta podría considerarse subversiva, a la manera que lo plantea Víctor Toledo cuando dice que la agricultura tradicional tiene encanto subversivo al ir en su núcleo contra la lógica de producción dominante (Toledo, 1993). De la misma manera, el comunitarismo, que aun pervive como forma de tenencia y explotación de los recursos en muchos lugares de España (Amaya, 1999), puede ser un caso de proxemia-espectáculo, de mero referente simbólico, más simbólico cuanto menos virtualidad económica tenga, pero también es una forma de impugnación de los procesos de privatización e individualización creciente en un contexto neoliberal. En este sentido pueden verse estas cuestiones como formas de resistencia a la globalización, como respuestas complejas y no sólo como simples efectos.

Pero dejando a un lado los problemas del patrimonialismo y retomando las consideraciones anteriores, hay que insistir en que el estigma de lo rural empieza a ser superado y aparece una nueva visión vinculada al ambientalismo, a la vuelta a la naturaleza, a lo vernáculo. El auge del turismo rural es buena prueba de esa nueva consideración. También la vinculación con el lugar, ya sea en el caso de los emigrantes rurales o de las gentes que conocen y aprecian un pueblo, como turistas incluso, de igual manera que la vinculación con una idea de producción ecológica o de calidad, de autenticidad, hace que se enfatice la dimensión de comunión al consumir, al ingerir un producto, ya que en gran medida, y como demuestra la antropología, comemos significados, símbolos.

Las nuevas demandas al medio rural y el ambientalismo

En general, a escala europea, con el auge del ambientalismo, los problemas de excedentes agrarios, caída de producciones, llegada de producciones agrarias de otros países o incorporación a la Unión de nuevos socios, al medio rural se le hacen nuevas demandas, se piensa en él para otras funciones, planteándose la necesidad de un nuevo contrato social (Hervieu, 1996). Los agricultores pasarían a ser jardineros, guardianes de eso que ahora aparece como naturaleza. Se busca fijar población en el territorio y producir externalidades ambientales, para servir de infraestructura ecológica y también como área de esparcimiento urbano, de disfrute medioambiental. El mantenimiento de la biodiversidad, del paisaje y la cultura autóctona es también una de esas nuevas funciones.

Pero si bien el crecimiento de la conciencia ambientalista es el puntal básico del proceso de recuperación de la biodiversidad, un obstáculo de alta jerarquía a la hora de abordar una iniciativa de este tipo es la diferente percepción de los problemas ecológicos, y en concreto el de la biodiversidad, que tienen por un lado los expertos, entidades e instituciones que se interesan por el tema y por otro la población rural, y más concretamente los agricultores y trabajadores agrícolas. En efecto, el ambientalismo y el conservacionismo son tendencias que tienen su anidamiento fundamentalmente entre las capas medias urbanas, y a las demandas ambientalistas de la opinión pública atienden los poderes políticos y las instituciones, ocupándose de la investigación y las políticas ambientales los profesionales extraídos normalmente esos sectores sociales. En el ámbito rural, y entre las personas que tienen su medio de vida en la agricultura, los intereses en juego son otros, y tienen que ver con la rentabilidad de las explotaciones y con la existencia de puestos de trabajo, aun con formas de manejo que son definidas por los expertos como degradantes para el medio. La preocupación por los problemas ambientales en el medio rural es menor que en aquellas otras instancias, o es cuando menos de otro tipo.

Ahora bien, y por poner el ejemplo del agroecosistema más característico de Extremadura, la dehesa, hay un creciente interés por las cuestiones ambientales entre los dueños de fincas llegando a hablar incluso del autoconsumo ambiental de los propietarios como uno de los factores más destacado en la dehesa actual y siendo una de las razones del creciente interés de la fincas de dehesa y su alto precio actual (Campos et al. 2001). Por otra parte, hemos constatado la existencia de un discurso tremendamente crítico contra los grandes propietarios por parte de las clases

trabajadoras sustanciado en su denuncia del abandono de la labores tradicionales, que derivan en problemas ecológicos, debido a que para ellos es sinónimo de falta de jornales. En esa línea, en la experiencia histórica, en la cultura y en la realidad actual de los distintos grupos sociales rurales, debemos indagar para encontrar puntos de contacto entre expertos y autóctonos, entre ambientalistas y productores rurales de cara a un desarrollo agrícola respetuoso con el medio. Se trata de, mediante técnicas de investigación y acción participativa, llegar a definiciones de consenso sobre el estado de los agroecosistemas y los recursos naturales y de establecimiento de acciones de cara a la conservación y mejora de los mismos y a la utilización productiva de las variedades locales identificadas y recuperadas.

UNA APROXIMACIÓN AL CASO DE EXTREMADURA

Hecho el repaso de todos los fenómenos que conforman el contexto para la recuperación de las variedades locales hay que tener en cuenta que en España, donde el mundo anterior a la modernización queda a tiro de piedra de la Historia, tenemos la ventaja de contar, sobre todo en zonas desfavorecidas y de montaña, con agroecosistemas tradicionales que, aun maltrechos, pueden ser recuperados y con gentes que a pesar de lo avanzado de su edad conocieron los tiempos de la agricultura tradicional y pueden darnos cuenta de ella, de su praxis y de su corpus de conocimiento, pueden enseñarnos sobre las variedades cultivadas, sus características, sus virtualidades y las especificidades de su manejo. Pueden ayudarnos a definir las y con ellos pueden trabajar quienes tienen recogidas semillas en bancos de germoplasma. Además, en muchos lugares, a pesar del arrasamiento de la mayoría, aun existen variedades locales que siguen siendo cultivadas.

De manera prospectiva, en el contexto de Extremadura, y más concretamente en la comarca de Tentudía, podemos apuntar un potencial para la recuperación de las variedades locales en diversos colectivos y actividades. Así, tenemos el interés de algunos grandes propietarios por el medio ambiente, para los que el referido autoconsumo ambiental es importante. Las medidas agroambientales de la Política Agraria Común del Unión Europea, los incentivos y programas que se puedan desarrollar en espacios protegidos son otro posible puntal del proceso. En zonas como las de dehesa, donde el cultivo ha casi desaparecido si su finalidad es la producción de grano para la venta, variedades que tienen su principal activo no en el volumen de

producción sino en otras cuestiones pueden tener una evidente oportunidad, por ejemplo para el aprovechamiento a diente por el ganado, para asegurar desmontes o como uso en barbechos semillados para la caza. En esto último puede haber un encuentro con las sociedades locales de cazadores, interesadas en facilitar alimento a las especies cinegéticas que escasean en ciertas zonas precisamente por el abandono del cultivo de granos. Los pequeños propietarios, los descendientes de antiguos campesinos, han mostrado históricamente una cierta racionalidad ecológica y una pericia e interés en el manejo y conservación de germoplasma adaptado a las condiciones locales.

Pero a veces las reservas de biodiversidad se encuentran en los márgenes del sistema, en una agricultura no orientada hacia la productividad y el mercado sino al autoconsumo, a una economía moral de los intercambios y a redes de relaciones familiares, de amistad o comunitarias. En este sentido, existe una agricultura de ocio, por ejemplo la de los jubilados, emigrantes retornados a veces o gentes que incluso no han sido profesionales de la agricultura y que tras su retiro tienen su entretenimiento en pequeños huertos o parcelas. También puede ser el caso de agricultores a tiempo parcial, personas que tienen otra ocupación y tienen en el cultivo una afición, porque en la construcción de las identidades en el medio rural se sigue teniendo “el campo en la cabeza” (Acosta y Díaz Diego, 2007; Miquel, 2002).

Las explotaciones de agricultura y ganadería ecológica, tanto por razones técnicas y productivas como de tipo sociológico o ideológico, de predisposición de los practicantes de la misma y sensibilidad hacia las cuestiones ecológicas son otro campo de desarrollo, como señalamos más arriba.

Un aspecto de crucial importancia es el del mercado local de productos hortofrutícolas. En efecto, a pesar de la dura competencia de las producciones foráneas, en los pueblos existe un reducido mercado local de alimentos producidos localmente, ya sea por agricultores a tiempo completo o no, por canales de venta regularizados o no. En nuestro caso concreto, además de por las ventajas que pudieran tener las variedades locales en el propio proceso de cultivo, éstas tendrían aquí un campo debido al conocimiento que las gentes tienen de sus características organolépticas, y a posibles vinculaciones afectivas, de evocación, costumbre, identitarias, a su consideración de autenticidad, etc. Productos hay incluso que han sido históricamente de nombradía y que han traspasado las lindes locales para tener fama en los pueblos de los alrededores, cosa que puede ser retomada hoy en día bajo otros parámetros. Igualmente, la

gastronomía local y aun regional puede hacer uso de este tipo de alimentos como medio de distinción y reclamo.

En definitiva, que se cuenta con unos mínimos, tanto de recursos fitogenéticos inmediatamente disponibles como de base social, para iniciar un proceso de recuperación de variedades que a larga debe buscar su uso generalizado en la agricultura, como verdadera apuesta de futuro para la sostenibilidad del planeta.

CONCLUSIONES

En el actual contexto de crisis ecológica y degradación de los recursos productivos en la agricultura, el mantenimiento y la recuperación de las variedades cultivadas locales son un aspecto, uno más pero importante, de una búsqueda de una agricultura de base ecológica y sostenible. La situación de los recursos fitogenéticos y sus expectativas de futuro son muy distintas según el país y, dentro de éste, del territorio del que se trate. No obstante, habida cuenta del proceso de extensión del modelo de agricultura industrial a todos los rincones del planeta, la enseñanza de lo ocurrido en España puede ser de provecho para otros lugares del mundo, porque ha explicitado un modelo de pérdida y apunta también hacia los posibles escenarios futuros, tanto desde el punto de vista de la mayor erosión genética como de las esperanzas de reversión del proceso. Un nuevo contrato social con el campo, la necesidad de mantener la población rural, la demanda de servicios ecológicos, la pujanza del ambientalismo y los mercados para productos singulares son un potencial que hay que considerar para el mantenimiento de la biodiversidad agrícola. Todo ello puede contribuir tanto al mantenimiento de una agricultura sostenible como a la valorización de la producción agraria y el reconocimiento de la importancia social de los cultivadores de variedades tradicionales, que hoy en día ocupan una posición absolutamente secundaria en la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, R. y DÍAZ DIEGO, J. 2007. **Y en sus manos la vida. Los cultivadores de la variedades tradicionales de Tentudía.** Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía. Monesterio.

ACOSTA, R. 2002. **Los entramados de la diversidad. Antropología social de la dehesa.** Diputación de Badajoz. Badajoz.

Juan Maestre, Alba González y Ángel Casas (eds.) 2007. **Nuevas rutas para el desarrollo en América Latina. Experiencias globales y locales.** Editorial Universidad Iberoamericana. Ciudad de México. pp. 239-260

ACOSTA, R., AMAYA, S. y DÍAZ, A. L. 2001. **Memoria de la tierra, campos de la memoria. Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía.** Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía. Monesterio. Volúmenes 1 y 2. <http://www.tentudia.com/SERVICIOS/mesto/coleccionmesto.html>

ALONSO, L, E. y CONDE, F. 1994. **Historia del consumo en España. Una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo.** Debate. Barcelona.

AMAYA, S. 1999. **Lo que es de muchos no es de nadie. Estudio antropológico sobre una propiedad colectiva en Extremadura.** Diputación de Badajoz. Badajoz.

BAUDRILLARD, J. 1984. **Cultura y simulacro.** Kairós. Barcelona.

BOURDIEU, P. 1988. **La distinción. Criterios y bases sociales del gusto.** Taurus. Madrid.

CAMPOS, P., RODRÍGUEZ, Y. y CAPARRÓS, A. 2001. *Towards the dehesa total income accounting: Theory and operative Monfrague studie cases.* En **Investigación Agraria: Sistemas y recursos forestales. Monográfico 2001, nº 1, Forest lands new economic accouting: theories and applications.** pp. 43-67.

DESCOLA, Ph. y PÁLSSON, G. (coordinadores.). 2001. **Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas.** Siglo XXI. México.

DWYER, P. D. 1996. *The Invention of Nature.* En R. F. Ellen y K. Fukui (eds) **Redefining nature: ecology, culture and domestication.** Berg. Oxford. 157-186.

GUZMÁN, G., SEVILLA, E. y GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (coords.). 2000. **Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible.** Mundiprensa. Madrid.

HERVIEU, B. (1996). **Los campos del futuro.** MAPA. Madrid.

JAMES, A. (1993). *Eating green(s). Discourses of organic food.* En K. Milton (ed.), **Environmentalism. The View from Anthropology.** Routledge. Londres. pp. 205-218.

MIQUEL, A. (2000). **El campo en la cabeza. Pervivencia del agrarismo en la construcción de la identidad.** Los libros de la Catarata. Madrid.

ORLOVE, B.S. y BRUSH, S.B. 1986. *Antrhopology and the conservation of biodiversity.* **Annual Review of Anthropology.** Vol 25. pp. 329-352

RODRÍGUEZ, F. 2003. *Salvar nuestras semillas.* **Biodiversidad,** nº, 37. pp. 24-25

SHIVA, V. 2001. **Biopiratería. El saqueo de la naturaleza y el conocimiento.** Icaria. Barcelona.

SHIVA, V. 2003. **Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos.** Paidós. Barcelona.

SORIANO, J.J. y GONZÁLEZ, J.M. (e.p.) *Producción y comercialización de semillas en agricultura ecológica.* En J. Labrador (coord..) **Manual de conocimientos, técnicas y productos para la agricultura y ganadería ecológica.** SEAE. Madrid.

TOLEDO, V.M. 1993. *Modernidad y Ecología: la nueva crisis planetaria.* **Ecología Política,** nº 3. pp. 9-22.

WOLF, E.R. 1982. **Los campesinos.** Labor. Barcelona.